

nuantes, la criminal apatía de quienes hasta ayer gobernaron este país, desentendiéndose del valioso elemento humano que ha hecho su grandeza.

Más que las campañas esporádicas de la prensa, y las ocasionales arengas demagógicas de todos los candidatos a cargos de representación popular, esta novela de Baltazar Castro debiera despertar la conciencia de quienes han hecho de la política un medio de vida. Es preciso recordar que una novela yanqui, «Las uvas de la ira», levantó una ola de espanto ante el problema de la desocupación que Steinbeck pintara descarnadamente, y que tuvo mayor influencia ante el gobierno que un vacío debate parlamentario.

¿Leerán nuestros legisladores y gobernantes las páginas amargas de «Sewell»? Difícil es arriesgarse a una respuesta afirmativa. Por si alguno de ellos se diera el lujo de poner sus ojos en «Atenea», hemos querido dar a este comentario de buen lector el matiz, para nosotros exacto, indisimulable, de cosa estupenda que esta novela de Castro nos hacer ver con asombro.

No sospechamos qué dirá la crítica oficial acerca de este libro que comentamos a la ligera. Acaso señale sus virtudes literarias, su contextura magnífica de acabada construcción, y pase, como por sobre ascuas, disimulando el verdadero sentido social que de él se desprende.

Estas líneas, escritas apresuradamente, apenas terminada la lectura de «Sewell», aparecerán en «Atenea» dentro de un mes, o acaso más. Ojalá que entre ellas y otras opiniones publicadas antes de su aparición, hubiese, siquiera, una feliz coincidencia.—
C. P. S.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-313GBCP10313>

GEORGES BERNANOS EN AMÉRICA, por *Alejandro Magrasi*.

Cuando en agosto de 1938 el novelista francés Georges Bernanos pasó un tiempo en Buenos Aires, al firmar un contrato con la Empresa Editora Zig-Zag de Santiago de Chile por la

«exclusividad» de la traducción de sus obras al español, el mío firmado con la misma por mi novela «Ternera Guacha» le sirvió de modelo pues había sido por escritura ante un escribano público y luego protocolizado en Chile.

Esta clase de documentos me parece que atenta contra la difusión amplia de la obra de un escritor y así debió pasar con él y conmigo pues esta misma exclusividad tan guardada, prohibió a otros editores publicar esas obras.

Zig-Zag editó «Los Grandes Cementerios bajo la Luna», novela de actualidad en ese tiempo y que obtuvo una amplia repercusión, luego «Diario de un cura de campo» y recientemente «Monsieur Ouinie» y no sé si otras obras.

No creo, con todo, que el público americano que lo ha leído haya llegado a penetrarse de su valor como novelista. Y digo novelista y no escritor pues Bernanos es ante todo un hacedor de novelas, de una psicología un poco retorcida y espasmódica, intimista y enfermiza a veces, pero siempre un hombre que conoce su oficio.

Con motivo de su visita a Buenos Aires donde fué agasajado por la escritora Victoria Ocampo y luego sencillamente «olvidado», pude saber algo de su intimidad por el representante de la Editorial Zig-Zag señor Ernesto Gómez quien me pidió un artículo para «Lecturas» y que apareció en el número 7 de esta revista de Santiago pero... con el nombre del citado señor quien de esa manera parece que cobró algún pequeño derecho en la editora citada.

En el artículo que reivindico, de agosto de 1938, decía yo con el nombre de mi «alter ego» audaz, después de documentarme sobre el asunto: «Georges Bernanos es cordial, movedizo, «camarada». Habla un francés suave. Rodeado de sus hijos (casi todos pequeños y numerosos) en un cuarto de hotel de Buenos Aires, a pesar de sus años, da una impresión de modernidad y juventud».

Hombre modestísimo, hubo que hacerle un dibujo que rea-

lizó el artista Huelén en Buenos Aires pues hasta carecía de una fotografía.

«Bajo el sol de Satán», sin duda su mejor libro, fué merecedor del Premio Goncourt y recientemente vino a Buenos Aires la 16.^a edición en francés editado por Plon en París. «La Joie» (El Júbilo), otro de sus libros, también fué premiado: éste con el premio «Femina», en París.

En «Los Grandes Cementerios bajo la Luna» en que se describen los horrores de la ocupación italiana en Mallorca durante la revolución española donde peleó un hijo de Bernanos como falangista, fué tal vez donde con más soltura definió su posición ideológica, en estas palabras que después resultaron proféticas: «La violencia no es la fuerza, es lo contrario. Es una confesión de impotencia, y de esa forma de impotencia que se llama incomprensión. El mundo se entrega a la violencia para no tener que juzgarse a sí mismo y reformarse».

En «Diario de un cura de campo» analiza fría y despiadadamente las reacciones de un cura campesino de Francia que encuentra ridículo su traje talar, duda de todos y en el seno de una sociedad corrompida y viciosa aunque se conserva puro al revés del abate Mouret de Zola o el padre Amaro de Eça de Queiroz, pierde la fe y muere sin llegar a ser útil a nadie y en pecado mortal de escepticismo y duda religiosa.

Georges Bernanos que pensó radicarse en el Paraguay con su familia en 1939 lo hizo luego en el Brasil y volvió luego a Francia donde colabora en las principales revistas literarias y ha reeditado algunas de sus obras.

La desvinculación actual con el mundo literario francés que recién ahora se empieza a romper un poco en América, nos ha de dar sin duda pronto nuevas noticias de este fecundo escritor que me parece representativo de esta hora en su patria por lo que debió sufrir en su forzado exilio y por sus convicciones sin-

ceras de hombre y de patriota y que por medio de Chile lanza al mercado librero americano sus obras siempre tan llenas del espíritu y la sangre de la Francia inmortal...



FALUCHOS, de *Leoncio Guerrero*.—Editorial Zig-Zag.

Quien desee encontrar extraños conflictos sentimentales, alambicada urdimbre interior, o trucos emotivos para gustos estragados, recibirá un duro rechazo, al enfrentar la portada misma de este libro, alimentado por las savias del más puro y simple criollismo. Por más que algunos plumistas desbarren contra esta literatura que día a día nos da muestras de su vitalidad creciente, los libros con la entraña del campo o del mar nuestros decidiendo destinos ponen en el pensamiento de los chilenos la certeza de que este país está construyendo un sólido clasicismo literario de abundosa expresión nativa; clasicismo en el cual la producción del siglo pasado no pasa de ser balbuceo de nación en lento proceso de forja literaria y artística. De seguro, esta primera mitad de siglo con su recio equipo literario de acento vigorosamente chileno, será la brillante base en que se apoyen las nuevas tendencias, más o menos criollas, más o menos puras o líricas o imaginistas, apuntadas a la evasión del medio geográfico.

El criollismo cultivado con tanto fervor por los escritores chilenos ha ido acunándose en cada pedazo de la tierra chilena donde podía encontrar el contenido esencial de la novela o el cuento. Según algún comentarista, hasta la aparición de «Rotos» el libro criollista ha sido de tipo regional y casi folklórico, pues se ha detenido con mayor o menor complacencia en la característica local dejando el contenido humano supeditado con exceso a lo primero. «Rotos», resume la tonalidad humana de nuestro pueblo en un haz de tipos diferentes. El localismo ha ido, así,